

Monarquías compuestas e imperios atlánticos. España, Europa y América en una era prenacional

JOHN H. ELLIOTT: *Imperios del mundo atlántico. España y Gran Bretaña en América, 1492-1830*, Taurus, Madrid, 2006, 830 págs.

JOHN H. ELLIOTT: *España, Europa y el mundo de ultramar (1500-1800)*, Taurus, Madrid, 2010, 410 págs.

Que a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII las transformaciones y vicisitudes de la España europea no pueden desligarse de los sucesos y procesos históricos que tuvieron lugar en las *otras Españas* de allende los mares es una afirmación que, por fortuna, va camino de convertirse en lugar común entre los historiadores. Pero eso no siempre ha sido así. Hasta hace no demasiado tiempo, la tendencia a estudiar separadamente la historia de América y la de la España moderna —por no hablar de la historia de Europa—, tendencia derivada en parte de la existencia de planes de estudio, disciplinas y departamentos separados para cada una de esas materias, dominaba ampliamente en nuestras universidades. Una situación, por lo demás, no tan diferente de la que encontrábamos en los países de América Latina, donde bajo la etiqueta de «período colonial» habitualmente quedaban subsumidos los tres siglos que precedieron a las independencias, abordándose el estudio de tan dilatado espacio temporal más bien como un largo prólogo prenacional en el que, con la gradual emergencia de los llamados «patriotismos criollos», poco a poco se iban gestando los movimientos emancipatorios que llevarían a la gloriosa epifanía de las naciones en las primeras décadas del siglo XIX.

Hoy, coincidiendo con los bicentenarios de las independencias, los historiadores más perspicaces y mejor informados de las dos orillas del Atlántico están embarcados en una estimulante travesía de revisión historiográfica que trata de desprejarse de tales visiones teleológicamente orientadas por el nacionalismo metodológico para adoptar un enfoque distinto que podríamos adjetivar de transnacional —o, quizá mejor, de anacional—; un enfoque, en

todo caso, más atento al nivel local en un extremo y al imperial, en el otro, sin perder de vista tampoco las particulares dinámicas provinciales de los diversos reinos, virreinos, capitanías generales, etc. Una perspectiva sin duda más rigurosamente histórica, esto es, más acorde con las percepciones que de su propio mundo tenían los actores del pasado que estudiamos.

Dejando atrás las inercias de una escritura de la historia dependiente en exceso del prisma nacional, lo cierto es que en los últimos años la mejor historiografía trata de ir más allá de las constricciones impuestas por las fronteras del presente para aventurarse a pensar los mundos desvanecidos del pasado de acuerdo —en la medida de lo posible— con los parámetros de la época estudiada. Es así como diversos autores subrayan ahora que la historia moderna europea —no sólo la de España, no sólo la de la Europa occidental— es también, por una parte, una historia muy local y, al mismo tiempo, una historia abierta a horizontes mucho más amplios, una historia en gran medida atlántica.

Pocos autores han contribuido tanto como Sir John H. Elliott a poner en evidencia que la historia moderna de España resulta ininteligible si se le amputa su dimensión ultrapirenaica y su proyección transoceánica. Su brillante y dilatada trayectoria como historiador, que comenzó con el estudio de la revuelta catalana de 1640 y concluye por ahora con los dos libros que comentamos —pasando por su no por primerizo menos interesante ensayo sobre la España imperial (1) y por una larga serie de trabajos bien conocidos—, permite apreciar la permanente imbricación de la historia española con su inmediato contexto europeo, por una parte, y con el mundo atlántico, por otra.

La lectura de la obra de Elliott —junto a la de un puñado de eminentes historiadores *modernistas*, españoles y extranjeros, varios de ellos discípulos suyos— nos ayuda a comprender hasta qué punto es esa peculiar posición de España entre Europa y América una de las claves de la historia de nuestro país (y de la civilización ibérica, en general). No por casualidad la colección de ensayos que dos de sus discípulos editaron hace una década en homenaje al maestro se titulaba precisamente *España, Europa y el mundo atlántico* (2). Durante más de medio siglo, la obra del historiador inglés ha venido abriendo caminos, aportando regularmente nuevos conocimientos y enjundiosas reflexiones sobre esa doble y crucial condición euroamericana del

(1) *Imperial Spain, 1469-1716*, Londres, E. Arnold, 1963 (edición española: *La España imperial, 1469-1716*, Barcelona, Vicens Vives, 1964).

(2) RICHARD L. KAGAN y GEOFFREY PARKER, eds., *España, Europa y el mundo atlántico. Homenaje a John H. Elliott*, Madrid, Marcial Pons, Junta de Castilla y León, 2001.

mundo hispánico. Una lección que no sólo los historiadores, sino los estudiosos de las demás ciencias sociales y políticas en la península y en América Latina, empiezan poco a poco a asimilar.

Su predilección por las visiones comparativas se ha hecho patente a todos los niveles en muchas de sus obras, varias de las cuales pueden considerarse pioneras también en este terreno. Baste evocar, como botón de muestra, su reveladora búsqueda de similitudes y diferencias entre dos personajes tan singulares como Richelieu y Olivares (3). Es evidente, sin embargo, que el punto culminante de esta voluntad de comparación lo alcanza en su *Empires of the Atlantic World: Britain and Spain in America 1492-1830* (4), unánimemente elogiada por la crítica como uno de los grandes logros de la historiografía en estos últimos años.

John Elliott desarrolla en esta obra magistral nada menos que una comparación sistemática de los imperios atlánticos español y británico, desde la época de los descubrimientos y primeras conquistas y colonizaciones hasta la creación de los nuevos estados independientes. Para realizar tan ambiciosa empresa, el autor va desgranando, primero, una serie de interesantísimas observaciones sobre las peculiares circunstancias y condicionantes generales que rodearon los procesos, hasta cierto punto paralelos, de intrusión, ocupación y poblamiento de los vastos espacios americanos por parte de españoles y británicos. A continuación, analiza las relaciones entre los poderes y autoridades políticas y los colonizadores, así como las tensiones e identidades socio-culturales y el papel de la religión en las dos Américas, peculiaridades que en conjunto dieron origen a dos grandes civilizaciones, ciertamente emparentadas, pero bastante diferentes. Por último, se detiene en la crisis y el ocaso de ambos imperios, que empieza a manifestarse en la segunda mitad del XVIII, a partir sobre todo de la guerra de los Siete Años (1756-1763), para intentar luego la vía —fallida— de las reformas que finalmente conduciría, en circunstancias muy distintas en uno y otro caso, a la disgregación de los dominios británicos e ibéricos en el Nuevo Mundo y a su sustitución por un puñado de nuevas repúblicas. Esta estructura tripartita —ocupación, consolidación, emancipación— otorga al libro un gran equilibrio y coherencia narrativa.

(3) *Richelieu and Olivares*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984 (versión española: *Richelieu y Olivares*, Barcelona, Crítica, 2002). Véase su posterior monografía *El conde-duque de Olivares. El político en una época de decadencia*, Barcelona, Crítica, 1990 (edición original: *The Count-Duke of Olivares. The Statesman in an Age of Decline*, New Haven, CT, Yale University Press, 1986).

(4) Versión española de Marta Balcells: *Imperios del mundo atlántico* (véase la referencia completa en la cabecera de esta reseña).

Las extraordinarias dificultades que un proyecto historiográfico de esas características entraña no derivan únicamente de la larga duración de tres siglos y de la magnitud de los espacios involucrados. Las asincronías y asimetrías entre ambos imperios saltan igualmente a la vista. Para empezar, hay un desfase temporal de casi un siglo entre la llegada de Hernán Cortés a las costas de Yucatán y el desembarco de Christopher Newport en las playas de lo que luego sería el estado de Virginia. En el plano territorial y demográfico las desproporciones son más que notables: baste pensar que a mediados del siglo XVIII, mientras que las tres principales ciudades de la América española —México, Lima y La Habana— albergaban un población de 200.000 habitantes, sus homólogas angloamericanas del Norte —Boston, Filadelfia y Nueva York— apenas alcanzaban en conjunto las 40.000 almas. En el momento en que se inicia el proceso de emancipación, los dominios españoles en América, poblados por unos 15 millones de habitantes, se extendían a lo largo y ancho de inmensos espacios de muchos miles de kilómetros, entre el Atlántico y el Pacífico —desde Florida hasta California, desde San Francisco hasta Buenos Aires—, mientras que los flamantes Estados Unidos, en el momento de su creación, ocupaban un territorio compacto de apenas 400.000 kilómetros cuadrados y contaban con una población de entre tres y cuatro millones.

Entre los numerosos asuntos que atraen la atención del lector en esta obra se encuentran, por ejemplo, algunos contrastes muy marcados entre la actitud de las dos monarquías, española e inglesa, ante sus respectivas prolongaciones ultramarinas. Mientras la corona británica no se sintió comprometida hasta muy tarde con los problemas de la colonización de las costas orientales de América del Norte por parte de algunos de sus súbditos, la corona española apoyó y lideró desde el primer momento una empresa cuyos objetivos políticos y económicos se subordinaron en buena medida al cumplimiento de fines superiores de carácter religioso, como lo era la evangelización de los nativos (5). Es importante señalar también que, en relación a los indígenas, el punto de partida de los colonos ingleses y españoles fue

(5) Frente a la persistencia de viejos estereotipos que oponen frontalmente las concepciones del mundo católico y el protestante, algunos trabajos recientes han puesto de manifiesto que las colonizaciones hispánica y británica del hemisferio occidental no fueron tan distintas, al menos en ciertos aspectos —como por ejemplo, la visión que casi todos los europeos tenían del Nuevo Mundo precolombino como un territorio dominado por Satanás—: JORGE CAÑIZARES-ESGUERRA, *Puritan Conquistadors. Iberianizing the Atlantic, 1550-1700*, Stanford, California, Stanford University Press, 2006; versión española de Pablo Sánchez León: *Católicos y puritanos en la colonización de América*, Madrid, Marcial Pons, Fundación Jorge Juan, 2008.

considerablemente distinto. Mientras que los primeros confiaban escasamente en su capacidad para incorporar a las poblaciones aborígenes a su civilización (más bien temían que un contacto excesivo con los indios podía conducirles a su propia degeneración), lo que les llevó a minimizar los contactos personales con ellos y finalmente a una estricta separación, los españoles apenas dudaron de esa capacidad civilizatoria, mezclándose desde un principio con los pueblos nativos y apostando decididamente por su cristianización (6). Elliott sugiere que ambas actitudes pudieron estar inspiradas o condicionadas por las previas experiencias históricas de los cristianos hispanos en su largo trato con los moros en el sur de la península, y de los ingleses con los irlandeses.

Las grandes diferencias de todo tipo entre las experiencias americanas de peninsulares e insulares no fueron obstáculo, sin embargo, para que unos y otros se beneficiaran mutuamente —o trataran de hacerlo— de los aciertos y errores de sus adversarios. Si, por obvias razones cronológicas, al principio fueron sobre todo los ingleses quienes aprendieron de los pioneros portugueses y españoles, observando con atención sus movimientos e inspirándose en ciertas soluciones organizativas, más tarde serían sobre todo estos últimos quienes —pese a su rivalidad y enemistad manifiesta— se inspiraron en el modelo británico, hasta el punto de tomar prestadas algunas de sus fórmulas económico-políticas.

El tema de las influencias y conexiones mutuas entre los imperios atlánticos, en especial entre el español y el británico, está asimismo muy presente en la segunda parte de *España, Europa y el mundo de ultramar (1500-1800)* (7), volumen en el que se recogen algunos de los trabajos más destacados del profesor Elliott durante estos últimos años, y que en cierto modo viene a continuar un volumen recopilatorio anterior titulado *España y su mundo (1500-1700)* (8).

La primera parte del segundo de los libros que reseñamos, referente sobre todo al Viejo Mundo, se abre con la versión española del famoso artículo

(6) El cuadro reproducido en la cubierta del libro —una tela de la escuela cuzqueña, conservada en el Museo Pedro de Osma, de Lima, que representa la boda de Martín García de Loyola con la princesa incaica doña Beatriz Clara Coya en el siglo XVI— ilustra bien esta actitud integradora y abierta al mestizaje.

(7) Edición original en inglés: *Spain, Europe and the Wider World, 1500-1800*, New Haven, CT, Yale University Press, 2009; versión española de Marta Balcells y Juan Carlos Bayo.

(8) Madrid, Taurus, 2007; primera edición en español: Madrid, Alianza Editorial, 1990; primera edición en inglés: *Spain and its World, 1500-1700*, New Haven, CT, Yale University Press, 1989.

publicado en 1992 en la revista *Past and Present* en el que consagró historiográficamente la expresión «monarquía compuesta» (*composite monarchy*) para aludir a una de las estructuras constitucionales más comunes de la Europa moderna. Como es sabido, esta modalidad de unión dinástica —vigente en monarquías tan distintas como la austríaca, la española y la británica— no implicaba la uniformidad de leyes, conservando cada una de sus partes integrantes su propio sistema jurídico e institucional. Estamos ante una manera de conciliar unidad y diversidad propia de un universo corporativo y jurisdiccional basado en el privilegio, y no conviene retroproyectar extemporáneamente sobre tales estructuras, pertenecientes a un mundo en gran medida fenecido, el «principio de las nacionalidades» que surgirá en un momento muy posterior. Aunque indudablemente la unión *aeque principaliter* implicaba un cierto grado de «independencia» de los reinos o provincias que se integraban en un cuerpo político mayor (y, por tanto, tal expediente unitario no carece de afinidades con una unión de tipo federal: monarquías compuestas y repúblicas compuestas presentan en algunos aspectos innegables similitudes), todo esto tiene poco o nada que ver con la «independencia nacional» que andando el tiempo —dos o tres siglos después— reclamarán con diversa fortuna algunos nacionalismos subestatales para esos mismos territorios.

El resto de los catorce ensayos que integran el volumen ofrecen al lector algunas claves para la comprensión de los tres siglos que van de 1500 a 1800, sobre un abanico de temas tan dispares como los interminables debates historiográficos en torno a la gran crisis del siglo xvii; el enigma de la no-rebelión de Castilla en condiciones tan adversas y proclives a la sublevación como se dieron en la delicada coyuntura de 1640, tras el fracaso de Olivares; la situación de Europa a raíz de la paz de Westfalia; los procesos de conceptualización de las realidades americanas por parte de los europeos, con la inevitable proyección sobre el Nuevo Mundo de las matrices conceptuales del viejo; el juego de identidades y lealtades a la patria y al rey en el mundo hispánico; una visión comparativa de la disolución de los imperios atlánticos británico y español; en fin, tres espléndidos ensayos de historia del arte y de la cultura, que incluyen una comparación entre las sociedades cortesanas de Madrid, Bruselas y Londres, a través de las peripecias vitales de Velázquez, Rubens y Van Dyck, y otros dos interesantísimos capítulos sobre la integración de las tradiciones mediterráneas oriental y occidental en la obra de El Greco, y sobre el juego realidades/ilusiones en la España de Velázquez.

En conjunto, un fresco variopinto en el que la rica paleta del autor logra combinar con éxito la historia política y social con la historia intelectual y

cultural. Un vasto panorama de espacios y de temas que permite entender mejor que, como señalábamos al comienzo de esta recensión, carece de sentido empeñarse en entender la monarquía española dentro de los estrechos límites de una lógica exclusivamente peninsular. También en este caso, el motivo iconográfico que ilustra la cubierta —un tapiz de Georg Wezeler titulado *Atlas sosteniendo la esfera armilar* (ca. 1530) que se conserva en el Palacio Real de Madrid— es un símbolo adecuado para representar un mundo de imperios y monarquías como la española, cuya vocación universalista y planteamientos globalizadores escapan a los moldes de una historia *nacional* que sólo llegaría a ser plenamente hegemónica en el siglo XIX.

Por lo demás, la escritura clara y elegante de Elliott, la agudeza de sus interpretaciones y su temple moderado hacen de la lectura de estas obras un verdadero placer ético y estético. Muy lejos de los tajantes juicios de valor y de las condenas o absoluciones sumarias a que tan aficionados son algunos de nuestros colegas, el historiador inglés aboga por entender el pasado «en sus propios términos, más que a la luz de supuestos y preocupaciones posteriores». Esa actitud desprejuiciada y ecuánime —marca de fábrica de la historiografía elliottiana— es especialmente de agradecer cuando se abordan temas relativos a la América hispana, un terreno embarrado en el que las viejas visiones autocomplacientes de la propaganda «neo-imperial» franquista, exaltadoras de las glorias de la Hispanidad, dieron paso en algunos casos a la denigración sistemática de las realizaciones de los españoles en América, denigración que podía buscar abundantes argumentos en la obra de Las Casas y en las manipulaciones interesadas de los apóstoles de la llamada «leyenda negra» —reverdecida en la primera mitad del XIX por los patriotas hispanoamericanos de la época de la emancipación, y realimentada luego por la mala conciencia y el gusto por la autoflagelación retrospectiva de algunos de nuestros intelectuales—.

Muy lejos de tales visiones caricaturescas, resultado de ópticas deformantes y de estereotipos muy arraigados, los trabajos del profesor Elliott pueden considerarse un modelo de imparcialidad. Las luces y las sombras de ambos imperios quedan así a la vista y, sin dejar de reconocer los abusos y crueldades cometidos por los colonizadores españoles y británicos, tampoco escamotea sus acciones positivas y sus logros. Elliott sabe muy bien que la complejidad de las dinámicas históricas no se compadece fácilmente con los elogios incondicionales ni con las reprobaciones airadas.

En plenos fastos de los bicentenarios, la lectura de estos textos, conjuntamente con la de otros autores fundamentales cuya obra se centra más específicamente en la crisis del mundo hispano —pienso en nombres como

François-Xavier Guerra, Jaime Rodríguez o José Carlos Chiaramonte, por mencionar a algunos reconocidos maestros—, parece especialmente oportuna.

Seguramente la estricta clasificación por épocas de los historiadores profesionales ha distanciado demasiado a modernistas y contemporaneístas en nuestro país. Ahora bien, la crisis de legitimidad abierta en 1807-1808 puede ser vista como un tiempo-bisagra, punto de llegada de una serie de problemas y desajustes cada vez más graves que la monarquía venía arrastrando desde hacía tres décadas, y punto de partida de un estallido de proporciones imprevisibles que llevaría a la mayor floración de repúblicas y estados constitucionales nunca vista hasta entonces en el mundo occidental.

Pues bien, al volver nuestra mirada a aquel tiempo en que sus protagonistas más voluntaristas, visionarios e innovadores estaban convencidos de que todo podía comenzar de nuevo, conviene recordar que nunca nada empieza de cero. Y para comprender un poco mejor esa dialéctica entre lo viejo y lo nuevo—incluyendo las complejas relaciones de ida y vuelta entre las sociedades de ambos lados del océano—, los libros que comentamos pueden resultar de enorme interés. Seguramente el problemático triunfo de la versión hispana de la modernidad hace dos siglos en el Atlántico no es ajeno a un cúmulo de circunstancias antecedentes que John H. Elliott ha contribuido a dilucidar en el conjunto de su obra, incluyendo estas dos últimas entregas.

El estudio de esos antecedentes pone ante nuestros ojos un mundo abigarrado y «globalizado» basado en la dominación y en el intercambio. Un mundo en el que hombres, bienes e ideas circulaban de costa a costa y de ciudad en ciudad, mientras que las estructuras jurídicas y políticas combinaban unidad y diversidad a través de esquemas regulatorios, costumbres e instituciones que hoy nos parecen extrañas y ajenas. Un mundo en el que el mestizaje cultural y el sincretismo artístico fueron la norma; que compartía una misma cultura política, pero con muchas variantes locales. Un mundo, en fin, de identidades múltiples tal vez no tan distinto, en este aspecto, del que aun hoy seguimos encontrando en América Latina, y crecientemente también en Europa. Razón de más para que en esta nueva era de globalización acelerada volvamos la vista a aquel pasado lejano de monarquías compuestas e imperios atlánticos, en el que el fulgurante astro de la nación todavía no se había alzado en el horizonte.

Javier Fernández Sebastián
Universidad del País Vasco